

del contrabando y de las revoluciones en que había estado envuelto el país, hacer rápidamente colosales fortunas; pero cierto es también que existían muchísimos hombres honrados de buena posición social á quienes poder confiar los cargos necesarios en la población. El general Castagny hubiera encontrado la cifra necesaria de esos hombres para los puestos públicos en Mazatlan y otras poblaciones del Estado, si hubiera tomado informes de personas sinceras y honradas; pero la mayor parte de los consejos los recibió precisamente de algunos de esos extranjeros contrabandistas que estaban interesados en desorientarle, y, por lo mismo, el concepto que podía formarse de la sociedad de Mazatlan por lo que ellos le dijeran, tenía que ser muy desfavorable. Un jefe conservador mejicano hubiera encontrado fácilmente lo que no encontraba Castagny. Los jefes mejicanos conocían á las personas principales de las poblaciones, se comunicaban con ellas sin necesidad de intérprete, de que tenían que valerse los jefes franceses, y conociendo el carácter de la sociedad, sabían la manera de tratarla. En Mazatlan, un general mejicano hubiera reunido, sin esfuerzo, doble número de hombres honrados de los que eran necesarios para desempeñar los cargos públicos; pero aún en la hipótesis de que la población hubiese carecido de individuos en quienes concurrieran las cualidades dignas que reclaman esos destinos, nunca habría inferido á una población de su patria la dura ofensa que en su comunicación arrojó sobre ella el general Castagny.

Muy puesto en razón parecía que aquellas disposiciones tomadas por el jefe francés, que él mismo confesaba

en su comunicación que eran en *extremo rigurosas* las referentes á la corte marcial, y *enérgicas* las otras bajo el punto de vista civil y político, no hubieran sido aprobadas por el gobierno imperial; pero desgraciadamente no las desaprobó Maximiliano, y produjeron males de consideración á varias poblaciones del Estado de Sinaloa, que daré á conocer en la correspondiente fecha de los sucesos.

1865. Miétras el general Castagny obraba en

Enero. Mazatlan de la manera que dejo referida, en otros Estados se habían verificado algunos hechos de armas de que los imperialistas esperaban la pacificación completa de los departamentos más importantes.

A las siete de la mañana del 18 de Enero se acercó á la plaza de Texcatitlan el jefe republicano don Fermin Valdes, al frente de sus fuerzas. Con el objeto de hacer salir de la población á parte de la guarnición para batirla, mandó disparar á sus soldados algunos tiros sobre la plaza. Inmediatamente dispuso el comandante imperialista don Pascual Muñoz, que saliese una columna franco-mejicana, y poco despues se trabó una acción reñida. El jefe republicano, despues de haber combatido con valor, se vió precisado á retirarse, dispersándose su gente. Los vencedores, apoderándose de algunas armas y municiones que abandonaron los contrarios, volvieron á la población. Llegada la noche, recibió el comandante imperialista una comunicación en que solicitaban la gracia de indulto un capitán llamado don Feliciano Guerra con sus subalternos y sesenta soldados. Concedido inmediatamente por el jefe imperialista lo que pedía, se pusieron á disposi-

cion del gobierno imperial, haciendo lo mismo otros varios oficiales de la brigada de don Fermin Valdes. Este, don Agustin Granda y otros subalternos, en número muy corto, al verse abandonados por los suyos, emprendieron la fuga para salvarse. Los imperialistas que salieron en su persecucion, cogieron dos piezas de artillería de montaña y siete cajones de municiones.

En las cercanias del pueblo de Santa Cruz, perteneciente al Estado de Oajaca, hubo otro encuentro el 10 de Enero, en que el general imperialista don Juan Ortega derrotó á las fuerzas contrarias que le atacaron, haciéndoles ocho muertos, quitándolas algunas armas y poniéndolas en completa dispersion.

1865. En la tarde del 8 de Enero se presentó al
Enero. frente de la poblacion de Linares, perteneciente al Estado de Nuevo-Leon, el guerrillero republicano don Pedro Mendez, á la cabeza de cuatrocientos hombres, con objeto de tomar la plaza. Antes de emprender el ataque sobre ella, intimó la rendicion. El prefecto político y la corta fuerza que guarneecía á Linares, respondieron que estaban resueltos á morir ántes que capitular. Para poderse defender, se redujeron al pequeño espacio que formaban unas barricadas que levantaron á toda prisa en el centro de la poblacion, que era la plaza. El jefe republicano, repartiendo su fuerza en guerrillas, invadió el pueblo en todas direcciones, se posesionó de las casas, y tomando los mejores puntos, se emprendió el ataque con indecible vigor sobre la plaza. La corta guarnicion, ayudada de varios vecinos, opuso una resistencia tenaz, y la lucha se prolongó hasta la una y cuarto de la

mañana, sin que los asaltantes hubiesen logrado su objeto. Viendo don Pedro Mendez la dificultad de rendir á sus bravos contrarios y temiendo que en auxilio de éstos marchase alguna fuerza de Monterey, dispuso la retirada. Desgraciadamente, ántes de emprenderla, cometió un acto altamente censurable: entregó á las llamas toda la parte que ocupaba de aquella hermosa ciudad, causando la ruina de numerosas familias inocentes, cometiendo al mismo tiempo sus soldados reprobables excesos. En el momento que se puso en ejecucion su inhumana orden, fué herido gravemente en una pierna, por una bala de fusil. Colocado en una camilla por los suyos, fué sacado de la poblacion, emprendiendo en el instante la retirada hácia Villagran. La ciudad quedó reducida á un monton de ruinas humeantes, pues únicamente se salvó de las voraces llamas, una sexta parte de aquella desgraciada poblacion. El emperador Maximiliano, al tener noticia del estado de miseria en que muchos de sus vecinos habian quedado, dispuso que se enviasen seis mil duros de su caja particular y de la emperatriz, al mismo tiempo que dictó algunas providencias para que se aliviase, en lo posible, la triste situacion á que habian quedado reducidos.

El 28 de Enero se trabó un combate de más importancia que los anteriores, en la ranchería llamada Potrerillos, en el Estado de Guadalupe, entre las fuerzas republicanas de don Antonio Rojas y las franco-mejicanas á las órdenes del capitán Berthelin y del mejicano de igual graduacion Miranda, que mandaba una seccion de caballería perteneciente á la brigada del general don Remigio Tovar. El jefe republicano don Antonio Rojas, que

era infatigable y valiente, se había detenido en la expresada ranchería de Potrerillos para dar descanso á su division, que se componía de quinientos jinetes y trescientos infantes, y continuar marchando en la direccion que juzgaba más conveniente para librarse de la persecucion de las columnas que se habian destacado con ese objeto de Guadalajara.

1865. Eran las cuatro de la tarde del 28 cuando
Enero. la fuerza franco-mejicana, al mando de los dos capitanes Berthelin y Miranda, haciendo una marcha penosa y larga para sorprender á sus contrarios, llegaron al sitio en que éstos se hallaban descuidados. Los imperialistas acometieron con prontitud y decision, no dando lugar á sus contrarios á que se preparasen para luchar. La sorpresa fué completa, y las fuerzas republicanas no tuvieron más remedio, para salvarse, que emprender la fuga, en dispersion, despues de haber resistido, aunque en verdadera confusion, algunos instantes. Los imperialistas les mataron en esa sorpresa sesenta hombres, que quedaron tendidos en el campo, hallándose entre ellos el jefe don Antonio Rojas, y se apoderaron de un cañon, una bandera, veintidos cajas de municiones, cuatrocientos caballos con su equipo, cien mulas aparejadas, trescientos fusiles, doscientas lanzas, siete mil duros en el almacen de la division, conteniendo cerca de quinientos uniformes completos, todos los bagajes de los oficiales, y otra porcion de objetos de diversas clases.

Este triunfo de las armas imperialistas fué considerado, por las autoridades del imperio, como el decisivo para la completa terminacion de la lucha en el Estado de Jalisco.

Así lo aseguraba el comandante superior de la plaza de Guadalajara, al comunicar la noticia al prefecto político, en las siguientes palabras: «Este magnífico suceso del 28, señor prefecto, se hará célebre en los anales del departamento de Jalisco, y es una garantía segura de la próxima pacificacion del país.»

Las esperanzas del resultado que se prometían de ese triunfo las autoridades imperialistas de Jalisco, se fundaban, más que en el botin alcanzado, en la muerte del caudillo de la division derrotada. Las palabras del prefecto político de Guadalajara al dar á conocer al público aquel acontecimiento, lo están demostrando así. «Este brillante hecho de armas», decía, «hijo de la pericia, del valor y del entusiasmo del ilustre jefe que acaudillaba esta expedicion, es, sin duda, el más importante de cuantos ha habido en el departamento, no tanto por el triunfo tan espléndido y el botin de guerra hecho al enemigo, sinó por la muerte del *hombre*» que se hallaba al frente de las fuerzas contrarias (1). «La desaparicion de la escena revolucionaria de don Antonio Rojas, asegura de una manera indudable la pacificacion del Sur de este departamento, pues este hombre era el que mantenía en constante agitacion á aquellas poblaciones.»

La muerte, con efecto, del jefe republicano que había perecido en la sorpresa de Potrerillos, libró á los impe-

(1) He puesto estas últimas palabras en vez de las duras y terribles con que se calificaba en la proclama á Rojas.

rialistas del Estado de Jalisco, de uno de los contrarios más activos y valientes. Si don Antonio Rojas no hubiera deslucido esas dos excelentes cualidades en campaña, con actos poco humanitarios que lamentaban lo mismo sus partidarios que aquellos contra quienes combatía, habría dejado al morir un nombre envidiable; pero no alcanzó esa gloria á que debe aspirar todo el que empuña las armas por una causa que juzga en su conciencia justa, porque no subordinó sus pasiones á la fría razon con que debía haber consultado. La muerte que dió en Guadalajara al general conservador don José María Blancarte en Octubre de 1858 despues de haber capitulado bajo la garantía de la vida y de estar en su casa en clase de prisionero, hizo que su general don Santos Degollado le pusiera fuera de la ley, como tengo referido al dar á conocer aquellos hechos (1), aunque poco despues, por no ponerse en pugna con varios jefes de guerrillas que se interesaban por la vida de Rojas, derogó el decreto. Por desgracia, volviendo á ponerse al frente de sus soldados, siguió oscureciendo sus rasgos de valor, que casi rayaban en temeridad, con actos de una crueldad terrible con los que tenían la fatalidad de caer prisioneros en sus manos. No quiero referir todos los medios á que recurrió para hacer sufrir á sus contrarios políticos que capturó en acciones de guerra. Ahorraré al lector la pena

(1) Tomo XV, capítulo II de esta obra, desde la página 87 hasta la 89.

de escucharlos, y sólo le daré á conocer uno, que juzgo basta á dar idea de sus sentimientos poco humanitarios. Este hecho fué el de haber mandado sacar los ojos con la punta de un puñal á los oficiales don José Antonio Gonzalez y don Matilde Murillo, que los tenía prisioneros.

A las ventajas conseguidas por las armas imperialistas en los encuentros referidos, se agregaron varias presentaciones de oficiales republicanos en diversos departamentos, que aumentaron la esperanza del gobierno de Maximiliano de que en breve terminaría completamente la lucha. Entre los muchos individuos que se presentaron, se contaban, en el distrito de Jalapa, el capitán de navío don Juan E. Foster, que mandaba las fuerzas republicanas de Tlacolulam; el comandante de batallón don Antonio Villavicencio, el capitán don Joaquin Llave, el subteniente don Enrique Echeagaray, y don Casimiro García, pertenecientes á la misma fuerza. Se habían expedido por la misma comandancia salvo-conductos para la presentación de otros varios jefes y oficiales que los habían solicitado.

1865. Sin embargo, los hombres pensadores del partido conservador, aunque comprendían toda la importancia de esas victorias, estaban muy léjos de creer que diesen los resultados que el gobierno se esperaba, si el emperador continuaba en la política aconsejada por Bazaine de no formar un respetable número de tropas mejicanas, de no facilitar á los pueblos las armas y municiones necesarias, y si en vez de escuchar los consejos de los que habían influido en la adopción de la monarquía, eligiéndole soberano, no atendía sinó á la

opinión de los ministros liberales de que se había rodeado. Los conservadores veían lo que en aquellos mismos momentos pasaba en las poblaciones de la Huasteca, que se habían adherido con ardiente fé al imperio. Referido deo, en uno de los capítulos anteriores, el disgusto que causó en los vecinos imperialistas de los pueblos de la Huasteca, que el gobierno del emperador accediese á la petición de los jefes republicanos don Ignacio Ugalde, don Nicolás Escamilla, don Joaquín Martínez y otros, de que se suspendiesen las hostilidades entre tanto que una comisión enviada por ellos á Méjico arreglaba las condiciones con que se retirarían á sus casas. He dicho que ese sentimiento nacía de la casi convicción que abrigaban de que el paso dado, no había sido más que un ardid para salir de la crítica situación á que se hallaban reducidos en Huejutla la víspera en que debían ser atacados, sin que tuviesen intención de someterse al imperio. No se engañaron los conservadores de la Huasteca en sus sospechas. Desde el momento que fué enviada la comisión y se suspendieron las hostilidades, los jefes republicanos, ocupando en virtud del armisticio todas las poblaciones que ántes habían poseído, hacían pesar todos sus impuestos sobre los vecinos que se habían manifestado adictos al imperio, y acosándoles sin cesar, les causaban todos los daños posibles. En vano dirigían sus quejas á los periódicos de la capital para que éstos pidiesen al emperador que se hiciese cumplir religiosamente á sus contrarios el armisticio, ó que dejase de escuchar á los comisionados que habían ido á tratar con el gobierno: la prensa obsequiaba la petición de los quejosos; pero los

ministros liberales de Maximiliano, deseando atraer á sus antiguos correligionarios más bien que atender á los conservadores, desoían las quejas, disimulando los abusos del jefe que había quedado al frente de las fuerzas republicanas, para evitar que se declarasen abiertamente por la guerra. Tres meses habían transcurrido en este estado, sin que los comisionados que se hallaban en Méjico hubiesen resuelto nada, ganando así un tiempo en que reforzaban sus fuerzas, se hacían de recursos y adiestraban su gente en el manejo de las armas. Al ver los pueblos de la Huasteca que se habían adherido á la causa del imperio, que sus clamores expresados por la prensa sólo servían para que se aumentara la persecución contra ellos de parte de sus contrarios, miraron desvanecerse todas las risueñas esperanzas de paz que habían concebido al declararse por la monarquía y que les había costado abundante sangre y dinero; sintieron suceder en su corazón un desaliento mortal al entusiasmo ardiente y decidido que sintieron en favor del imperio y del soberano llamado al trono, y cayeron en la más profunda tristeza al tocar un desengaño en vez de la realización de sus lisonjeros pensamientos.

1865.

Enero.

Cosa parecida les pasaba á muchas poblaciones del Estado de Michoacan. No siendo las fuerzas mejicanas imperialistas suficientes en número para guarnecer las principales poblaciones y hacer á la vez la campaña, los jefes republicanos don José María Arteaga, que había ido á hacer la guerra á ese Estado despues de la derrota sufrida en Jiquilpan, Régules, que desde un principio había escogido por teatro de sus ope-

raciones el mismo punto, don Miguel Ordorica, don Carlos Salazar, Cuervo, don Vicente Riva Palacio y otros de no ménos actividad y decision, tenían en continuo amago á las cortas guarniciones, y se proveían de lo necesario en las haciendas de campo, dando por resultado la prolongacion de la lucha, la ruina de la agricultura y del comercio.

No viendo el prefecto político de Morelia don Antonio del Moral seguir al emperador una política acertada; notando que la influencia del mariscal francés Bazaine se marcaba en algunos actos importantes del emperador; que por consejo suyo no se daba paso alguno á la organizacion y aumento del ejército mejicano; que en los asuntos relativos á los intereses de la Iglesia seguía lo indicado por la córte de las Tullerías, desatendiendo las exposiciones elevadas por el episcopado mejicano; que los jefes franceses dictaban disposiciones demasiado severas en algunas localidades, y que nada, en fin, de lo que le había prometido el emperador al insistir en que se hiciese cargo de la prefectura política se había realizado, resolvió renunciar el puesto que ocupaba y retirarse á la vida privada, ajeno á la política. Hombre probo, de una rectitud á toda prueba y ajeno á toda ambicion de mando, dirigió su renuncia al emperador con fecha 18 de Enero. Esa renuncia, que juzgo importante darla á conocer íntegra al lector, decía así:

«Señor:—En comunicacion de hoy, que acabo de firmar, informo á V. M. sobre varios puntos de la administracion pública, y concluyo haciendo formal dimision de la prefectura política.

»Las razones ostensibles en que la fundo, constan en dicha comunicacion, habiendo intencionalmente omitido otras que deben figurar en primer término, porque las creo reservadas tan sólo al Soberano.

»Cuando S. M. tuvo la dignacion de instarme para que aceptara el encargo de prefecto, queriendo desvanecer los motivos de mi absoluta negativa, me aseguró V. M. que su gobierno sería todo nacional y libre de influencias extrañas; que ántes de dos meses, los mejicanos todos, sin distincion de opiniones, rodearían el trono y serían su mejor y único apoyo; y que para el evento inesperado de que las combinaciones ya bien meditadas no dieran el pleno y satisfactorio resultado que tantos hechos importantes hacían prometer, V. M. estaba resuelto á consultar el sufragio público, convocando á los pueblos de una manera franca y leal, y someterse á su decision. ¿Es esto exacto, señor? Pues bien; han transcurrido tres meses, y aquella esperanza no se realiza; la guerra toma mayores proporciones; los odios se exageran, y cada día se hacen más perceptibles las resistencias, sin que hasta ahora, al ménos que yo sepa, se dicte providencia alguna para explorar la voluntad del país.

1865. »V. M. tendrá altas y poderosas razones
Enero. de Estado para no apelar de presente al indicado medio; yo debo respetarlas; pero cualesquiera que ellas sean, consecuente con lo que expuse á V. M. misma en el acto de admitir la prefectura, no me es decoroso permanecer en ella, cuando faltan las bases de mi condicional aceptacion.

»Por tanto, confiado en vuestra augusta palabra, su-

plico á V. M. se sirva admitirme desde luégo la solemne renuncia que hago de tal encargo, quedando reconocido personalmente á V. M. por los altos testimonios de su benevolencia.

»Morelia, Enero 18 de 1865.—*Antonio del Moral.*»

El emperador, que apreciaba debidamente los nobles sentimientos del recto funcionario que con respetuosa franqueza exponía los justos motivos que tenía para no continuar desempeñando el cargo que se le había confiado, no admitió la renuncia, y don Antonio del Moral se vió precisado á seguir en el puesto de prefecto político, aunque resuelto á repetir su renuncia, si el emperador no abrazaba otra marcha que diera á los pueblos la paz que se habían prometido al declararse por la intervencion y el imperio.

La intencion y el ardiente deseo de Maximiliano eran dar esa anhelada paz al país entero, haciendo terminar los antiguos odios de partido; pero el camino que había tomado no podía conducirle al término que se había propuesto. Había tenido el acierto de haber dado la justa disposicion de que á nadie se ofendiese por sus ideas políticas ni religiosas, de aquellos que se hallaban viviendo pacíficamente á la sombra de las garantías de su gobierno; pero esta medida, á todas luces conveniente y laudable, que hacía se cumpliese exactamente por parte de la prensa conservadora, la descuidaba tolerando la infraccion de lo dispuesto, cuando periódicos redactados por republicanos en la capital, dirigían sus ataques á las ideas religiosas de los conservadores, pintando al clero con los colores más repulsivos.

1865. Estos ataques á las creencias de los católicos y á los ministros de la Iglesia que toleraba dirigir, y que, á primera vista, parecen de una insignificancia que no merece llamar la atencion de nadie, eran sin embargo, entónces, de una importancia muy grande. Así lo comprendían los hombres políticos de aquel país de ideas republicanas; y viendo franca la puerta á esos ataques que el emperador y los políticos franceses miraban acaso con complacencia, continuaron dirigiendo sus tiros sin descanso, que, en su concepto, debían dar por resultado el derrumbamiento del trono. Juzgando con la razon dirigida por una recta lógica, suponían, con acertado juicio, que un solio levantado por un pueblo católico, en la creencia de que sostenían en él á un hombre celoso de sus ideas religiosas, vendría á tierra en el momento en que ese hombre, en vez de robustecer la base que le sostenía, la debilitase y la separase de sí. Sabían que separándole de esa base en que descansaba, y que era la única sólida, solamente le quedaba una parte del partido liberal moderado, muy insignificante por su número; parte más odiada en aquellos momentos por el partido que combatía contra el imperio, porque se había separado de sus banderas, que los mismos conservadores; puesto que éstos defendían un principio que habían juzgado siempre salvador y patriótico. Colocando, pues, al emperador al lado del partido moderado, que le aconsejaba llevase adelante lo hecho por don Benito Juarez con respecto á los asuntos de la Iglesia en sus leyes de reforma, le separaban del partido conservador, sin alcanzar atraer al contrario á su lado; pues los que combatían contra el